

DE LA SEGURIDAD DEMOCRÁTICA, EL MIEDO, LA CONFIANZA BÁSICA Y UNA DEMOCRACIA HETERÓNOMA E INFANTILIZADA*

FROM DEMOCRATIC SECURITY, FEAR, BASIC TRUST
AND HETERONOMOUS AND INFANTILIZED DEMOCRACY

JAIME ANDRÉS QUINTERO GAVIRIA**
JULIÁN DAVID CASTAÑEDA MUÑOZ***

Resumen

En el presente artículo se comparten algunas reflexiones alrededor de los temas de la violencia y el conflicto en Colombia a partir de la investigación: “Imaginario Social sobre la reelección presidencial de Álvaro Uribe Vélez”. Tales reflexiones nacen de esta investigación, documental y de corte hermenéutico, con la que se buscó realizar un análisis de algunos textos noticiosos producidos por los periódicos *El Tiempo* y *El Espectador*, por la revista *Semana* y por los discursos del entonces presidente de la República, Álvaro Uribe Vélez. Estas reflexiones se enmarcan específicamente en el tema de la Política de Seguridad Democrática considerando principalmente los argumentos esbozados por Uribe y de los cuales hizo eco alguna parte de la opinión pública. Se analiza también la relación de Uribe con el pueblo a través de la configuración de una imagen de cercanía y sus implicaciones en la cultura política relacionadas con aspectos psicológicos y culturales de la sociedad colombiana.

Palabras clave: Álvaro Uribe Vélez, Política de Seguridad Democrática, imagen, cercanía, confianza, heteronomía, cultura política.

* El presente artículo es una reflexión frente al tema: Derechos Humanos, Conflicto, Violencia y Convivencia Social.

** Psicólogo de la Universidad de Manizales. Magister en Educación y Desarrollo Humano (convenio CINDE - Universidad de Manizales). Profesor tiempo completo de la Universidad de Caldas. E-mail: jaime.quintero@ucaldas.edu.co

*** P Psicólogo de la Universidad de Manizales. Magister en Educación y Desarrollo Humano (convenio CINDE - Universidad de Manizales). Profesor tiempo completo de la Universidad de Caldas. E-mail: julian.castaneda@ucaldas.edu.co

Abstract

This paper shares some thoughts about Colombian violence and conflict topics based on the research paper “Social Images on Alvaro Uribe Vélez’s Presidential Re-election”. These reflections come from this documental, hermeneutic type research which aims to analyze some newspaper articles published by Colombian newspapers *El Tiempo* and *El Espectador*, *Semana* magazine and the Colombian ex-president Álvaro Uribe Vélez’s speeches. His Democratic Security Policy will be specifically analyzed considering Uribe’s arguments that were so emphasized by the public opinion. The relationship between Uribe and Colombian people will be examined by his image of closeness to people and its implications in political culture related with psychological and cultural aspects of the Colombian society.

Key words: Álvaro Uribe Vélez, Democratic Security Policy, image, proximity, confidence, heteronomy, political culture.

Introducción

Cabe señalar que este artículo surge de una investigación en la se buscó comprender los imaginarios sociales sobre la reelección de Álvaro Uribe Vélez que se materializaron en el lenguaje a través de textos escritos¹ de comunicación. Para ello se partió de una perspectiva histórica hermenéutica con la que se abordó un acontecimiento histórico en Colombia que compromete modos de pensar, sentir y actuar de los colombianos que conjugan no solo lo político sino también lo histórico, lo sociocultural y lo psicológico. En este sentido, se debe señalar que las reflexiones que a continuación se presentan, se enmarcan en una mirada sobre la vida política que se resume en las siguientes palabras de la analista política María Teresa Uribe de Hincapié (2001) frente a cómo comprender la política en Colombia:

Se trata de pensar las representaciones políticas en el marco de tradiciones culturales de larga duración y de centrarse básicamente en la interpretación y la comprensión de prácticas, modos de ver el mundo, sociabilidades, estrategias culturales de participación, resistencia y supervivencia que no podrían leerse

¹ Para la recolección de la información se eligieron aquellos medios escritos de comunicación que cumplieran con los siguientes requisitos: mayor cobertura del territorio nacional, mayor tradición y ser los más leídos según las encuestas. Por consiguiente, fueron seleccionados la revista *Semana* y los periódicos *El Tiempo* y *El Espectador*, que además satisfacían los criterios definidos en la unidad de análisis (fuentes y géneros). Para el caso de los discursos del presidente se accedió a ellos a través de la página oficial de la Presidencia de la República. Para el análisis de la información se utilizó “La Hermenéutica -entendida como- el arte de la comprensión, de la interpretación y de la traducción ya sea, en un sentido estricto, de la palabra hablada y escrita ya sea, en un sentido más amplio, de toda producción cultural, histórica o tradicional” (Mayr, 1994: 318). A la luz de esta definición, en esta investigación se partió de la posibilidad de buscar en el lenguaje el fundamento mismo -el imaginario- que funda los significados y los sentidos de fenómenos sociales y políticos en el caso de la reelección presidencial de Álvaro Uribe Vélez.

desde la institucionalidad formal, desde la razón instrumental o desde las decisiones tomadas en torno a fines, a valores o intereses (a la manera weberiana y kantiana), sino desde una matriz sociocultural, subjetiva, afectiva que decide, actúa, se manifiesta en torno a deseos, miedos, esperanzas y frustraciones; es decir, en torno a representaciones simbólicas que están en la raíz de los múltiples sentidos con los cuales los ciudadanos viven la política. (p. 155).

Así, lo presentado en este artículo trata de plantear una mirada, en primera instancia, de cómo a partir de la tesis de Uribe sobre el terrorismo se construye y se soporta su idea de seguridad democrática² —especialmente en lo que fue su primer mandato de gobierno—, sin querer decir que ella sea válida ni mucho menos correcta. Por consiguiente, cabe señalar que en este análisis se trata de evidenciar los valores (agresividad, autoridad, agresividad, generosidad) en los que se centró dicha interpretación y la forma en que aparecían en su discurso. En segunda instancia, se plantea un análisis de cómo el fenómeno mediático de Uribe supone la configuración de una imagen que impacta psicológicamente a la gente en tanto que genera una especie de impresión sensible desde la cual se le percibe, a Uribe, como cercano, familiar y como proveedor de confianza básica. Para tal análisis, se resaltan las condiciones que posibilitan la configuración de tal imagen. Y finalmente, se reflexiona cómo la Política de Seguridad Democrática y la imagen de un ser cercano despotencializan al sujeto político y agudizan el bloqueo de la democracia en tanto que suponen una sociedad heterónoma y un tipo de ciudadano infantilizado.

“Corazón [de soldado y policía] grande, mano firme”

Para comenzar, cabe hacer la pregunta: ¿Por qué en el año 2002 algunos colombianos y colombianas eligieron a Álvaro Uribe Vélez como su presidente? A partir de este interrogante, y sin la intención de ofrecer una respuesta como única, se quiere retomar del artículo “Uribe, segundo tiempo” (*semana.com*, agosto 1 de 2004³) lo siguiente: “Los colombianos llevaron a Álvaro Uribe Vélez a la Presidencia porque creían que era el hombre que podía cumplir con dos misiones: derrotar a las FARC y acabar con la politiquería”. Según la mirada planteada en este artículo, pareciese que en Colombia han existido dos serios problemas que además llevaron a que fuese elegido Uribe como gobernante. A la luz de esta mirada, surge por lo pronto otra pregunta: ¿Son estos los principales problemas del país? De los discursos de Uribe

² Cabe aclarar que otras políticas de este gobierno como la de justicia y paz no se retoman en este artículo, no por que no sea significativa en el marco de la tesis de Uribe respecto a los problemas del país, sino por que en esta ocasión se quiso hacer énfasis en la Política de Seguridad Democrática entendida como fundamento de la perspectiva política de Uribe.

³ Se debe hacer claridad en que las referencias que no presentan autor son artículos secundarios, y que la responsabilidad es directa del medio de comunicación del cual se extraen.

pronunciados durante su primer período presidencial, se encontrará a manera de respuesta del anterior interrogante, la tesis en la que propone que efectivamente estos son los grandes problemas del país. Dicha tesis nos merece un análisis, no porque sea la única ni mucho menos la más válida, sino por ser la que planteó el propio Uribe para justificar su Política de Seguridad Democrática como una especie de panacea para resolver los problemas económicos y sociales del país, y que se constituyó en uno de sus principales argumentos para buscar la reelección inmediata. Veremos pues cómo para Uribe el principal problema de Colombia es el terrorismo, del cual se derivan los demás problemas en Colombia:

Vincens Fisas (Profesor de Ciencias Políticas de la Escuela de Paz de Barcelona): [...] Si yo le dijera, por ejemplo, que entiendo la paz como justicia social, democracia participativa, satisfacción de necesidades humanas básicas, eficacia del sector público, desarrollo sostenible ¿estaría Usted de acuerdo con esta definición? **Presidente de la República:** Claro Profesor, pero hay que preguntarse ¿cómo se llega allá? Con un problema terrorista como el que tenemos en Colombia, tenemos los caminos cerrados para llegar allá. (Diálogo entre Uribe y el premio Nobel de la Paz, Desmond Tutu; febrero 12 de 2005; Bogotá, Cundinamarca).

Hay pues un problema central: el terrorismo, el cual es preciso resolver primero para que los demás problemas del país sean posibles de superar. En esta lectura que él hace de la realidad del país se soporta la Política de Seguridad Democrática, la cual tendrá como finalidad última recuperar la paz, la tranquilidad, la confianza; para que pueda renacer así la esperanza y se alcance la felicidad, pues como dirá Uribe: “El objetivo de la Política de Seguridad Democrática es garantizar el restablecimiento de la seguridad, que es un valor democrático para el goce de la felicidad de los colombianos” (Intervención de Uribe en la celebración del día del Ejército Nacional; agosto 2 de 2005; Tolemaida, Melgar - Tolima). Se ve pues cómo de la realización de la seguridad como condición necesaria, los fines últimos del desarrollo económico y social del país son viables. Ahora bien, de quién o de qué depende para Uribe que la seguridad se constituya en una condición estructural de la sociedad colombiana: de la Fuerza Pública (fuerzas militares y policía).

De la seguridad democrática encarnada por la Fuerza Pública y especialmente —como veremos más adelante por el propio presidente Uribe—, derivarán el desarrollo social y económico del país. En este orden de ideas, la seguridad democrática recupera la esperanza y la alegría de la gente, y sobre todo la confianza inversionista como logro máximo a partir de la cual se posibilita el bienestar y el crecimiento del país: “Soldados de mi Patria, la economía tiene sus reglas,

sus recetas para atraer inversión y generar empleo, pero lo fundamental en Colombia hoy es una receta para traer inversión y generar empleo: la seguridad democrática” (Intervención de Uribe en la celebración del día del Ejército Nacional; agosto 2 de 2005; Tolemaida, Melgar - Tolima).

Así, comprender el método para alcanzar la felicidad en términos de credibilidad de las instituciones del Estado, del renacimiento de la esperanza, de la recuperación de la confianza inversionista y del nacimiento o fortalecimiento de la cooperación ciudadana con el Estado, implica analizar la fórmula que supone la Política de Seguridad Democrática. El primer elemento de esta política es la seguridad, que según lo expuesto por el presidente, implicaba el fortalecimiento de la Fuerza Pública para lograr con ella recuperar la legitimidad del Estado y por esta vía la confianza y la cooperación de la ciudadanía. La Fuerza Pública adquirió por tanto un papel protagónico en este gobierno pues el éxito de dicha política dependía en grado sumo de su eficacia. Este papel protagónico se nutrió de los rasgos que el presidente Uribe destacó en la Fuerza Pública en aras de resaltar la determinación de su gobierno y de su Política de Seguridad Democrática. Dentro de esta caracterización que hizo el presidente Uribe de la Fuerza Pública, se destaca una actitud agresiva combinada con el valor de la transparencia, atributos con los cuales quiso plasmar el sello de su política de seguridad, esta es, confrontación armada pero con respeto de los Derechos Humanos y de la Constitución.

Más en esta hora de la Patria en la cual se desmovilizan tantos factores terroristas que estaban contribuyendo a la desinstitucionalización de la Nación, es cuando necesitamos aún más agresividad de la Fuerza Pública para que todos los colombianos sientan que esa expresión de la Constitución, que es su Fuerza Pública, con su agresividad que es sinónimo de eficacia, es suficiente, es lo único admisible para darnos a todos seguridad y tranquilidad [...] La transparencia se refleja en el respeto a los derechos humanos, la transparencia se refleja en la adhesión minuciosa en cada uno de nuestros actos a los mandatos y a las normas constitucionales. (Intervención de Uribe en la celebración del día del Ejército Nacional; agosto 2 de 2005; Tolemaida, Melgar - Tolima).

Si el problema central es el terrorismo, incluso como causa de otras problemáticas sociales y económicas y no su consecuencia, se justifica una política de este tipo en la que la agresividad es necesaria y bien valorada como actitud de la Fuerza Pública para derrotar al “enemigo público”. En este sentido, se precisa de otro factor decisivo para la configuración del espíritu de este gobierno en función del valor de la seguridad, este es, la autoridad. “Creo en la democracia, pero la democracia no funciona sino a partir del ejercicio de la autoridad” (Intervención de Uribe en el foro ‘¿Amenaza terrorista o conflicto interno?’; abril 26 de 2005;

Chía, Cundinamarca). Y aunque la autoridad es propia del Estado en tanto que dueño legítimo, social y político del ejercicio de la Fuerza Pública, no necesariamente ella tiene que resaltarse como la vía para alcanzar las metas propuestas en diferentes áreas, la cuestión es, de qué manera el gobierno de turno puede hacer de ella uno de sus principios fundamentales para alcanzar sus objetivos.

En este sentido, el gobierno de Uribe se diferencia de gobiernos anteriores como el de Pastrana y Samper porque precisamente optó por la vía militar como vía directa para derrotar al terrorismo, re-validando así el valor de la autoridad como principio orientador de la Fuerza Pública expresada de manera agresiva, eficiente y transparente a través del propio presidente, de cada soldado, de cada policía y de cada ciudadano. De este modo, Uribe exalta el valor de la autoridad (que se podría identificar en su lema de campaña de 2002: “Corazón grande, mano firme”) del gobierno como condición necesaria para lograr la paz, ya que, como lo dijo él mismo: “Si el Gobierno se ablanda, terminamos sometidos, como vi a Colombia 40 años. En alguna forma la postura que tengo, es la reacción a la que vi que otros tenían” (Intervención de Uribe en el foro ‘¿Amenaza terrorista o conflicto interno?’; abril 26 de 2005; Chía, Cundinamarca).

Para que la firmeza de la autoridad y la agresividad se constituyan en sello distintivo de este gobierno, el presidente Uribe es quien, a la luz de sus propias palabras, expresa el espíritu guerrerrista a partir de la apropiación personal de la lucha contra el terrorismo:

Eso hay que acabarlo, toca acabarlo. Y si la responsabilidad no la asumo yo, como presidente de la República, entonces quién la asume. Es como les he dicho a las autoridades de Cali y de Medellín: que tienen que acabar unas oficinas allá, que llaman, oficinas donde son organizaciones de delincuencia haciendo justicia privada. (Intervención de Uribe en el consejo comunal de gobierno # 58; marzo 13 de 2004; San Andrés, Archipiélago de San Andrés y Providencia).

El presidente, en esta perspectiva, no es solamente el mandatario, es el ser que está a la cabeza y en el corazón de este espíritu, de esta política, en otras palabras, el presidente está implicado en dicho espíritu con su energía y vehemencia con que alienta a las tropas y estimula a la ciudadanía. Entonces, el espíritu guerrerrista y la Política de Seguridad Democrática son una sola cosa en la figura del presidente, porque el presidente está allí a través de su mano firme –autoridad y agresividad– y su corazón y su sentimiento de soldado, que late con el amor a la Patria, que alimenta el liderazgo de la Fuerza Pública y desde el cual traerá de vuelta la felicidad.

Con el afecto que siento por las instituciones armadas de la Nación, con las circunstancias de tener debajo de este vestido de civil, un corazón de soldado y de policía, saludo hoy en nombre de todos mis compatriotas, a los soldados de la Patria en el día del Ejército, a ustedes que integran el Ejército, no del presidente de turno, a ustedes que integran el ejército de la Constitución, el Ejército del pueblo, el Ejército de la tranquilidad, el Ejército de la felicidad de los colombianos, el Ejército de las ilusiones, muchas gracias por sus esfuerzos, por sus sacrificios, por sus actos heroicos de todas las horas. (Intervención de Uribe en la celebración del día del Ejército Nacional; agosto 2 de 2005; Tolemaida, Melgar - Tolima).

El país entonces en esta perspectiva, tenía la posibilidad de recuperar la confianza hacia las instituciones del Estado gracias a la Fuerza Pública y al liderazgo de un presidente que ofrecía seguridad. Uribe buscó demostrar de esta manera que existía la voluntad política, ese “Mecanismo de transmisión del deseo del pueblo a través de sus gobernantes a las Fuerzas Armadas de la Nación” (Intervención de Uribe en la celebración del día del Ejército Nacional; agosto 2 de 2005; Tolemaida, Melgar - Tolima), ese mecanismo a través del cual se logra la materialización del deseo del pueblo a través de la Fuerza Pública. Así, la lectura que realizaba el presidente de la realidad proponía la articulación de la voluntad política de su gobierno con las necesidades y los problemas del pueblo, alcanzando su manifestación y resolución a través de la Fuerza Pública.

Uribe y su gobierno fundamentaban de este modo su mandato en el liderazgo, la autoridad, y por si fuera poco, en otro atributo que le daría sentido al otro elemento de la fórmula de su Política de Seguridad Democrática y que habita en su “corazón de soldado”: la generosidad. En el sentido de esta simbología del corazón de Uribe que da vida a su Política de Seguridad Democrática y por tanto a la Fuerza Pública, podrá decirse que dicho corazón tiene un lado agresivo y un lado generoso. Sin embargo, considerando las palabras de Uribe, siendo agresivo y siendo generoso, es el suyo ante todo un corazón de soldado. Esto sugiere que hay una predilección por la lucha a partir de la autoridad y la agresividad comprendiendo que la razón de ser de un soldado o guerrero es el combate. La generosidad por tanto será secundaria, será una especie de derivación o extensión del lado que tiene mayor incidencia y actividad en el corazón de Uribe. En este orden de ideas se puede comprender de qué manera la Política de Seguridad Democrática iba de la agresividad a la generosidad como consecuencia de la búsqueda, hostigamiento y acciones de la Fuerza Pública contra los grupos terroristas.

Todo este despliegue generaba por lo general dos desenlaces: dar de baja con la muerte a los terroristas u obligarlos a la desmovilización. De este modo el presidente evidenciaba su

mano firme, pero generaba las condiciones para la expresión de su “corazón grande”. En el segundo desenlace generado por la Política de Seguridad Democrática, que se complementaba con los programas de desmovilización y reinserción, era cuando el presidente y su gobierno mostraban su otra cara, la de la generosidad: “—Presidente, es que teníamos dudas, nos habían dicho que si nos reinsertábamos, el Gobierno nos sacaba información y después nos mataba. —¿Muchachos cómo se han sentido? —Muy bien tratados Presidente, con toda generosidad” (Intervención de Uribe en la celebración del día del Ejército Nacional; agosto 2 de 2005; Tolimaida, Melgar - Tolima).

El gobierno entonces, con base en estos logros mostraba una gran capacidad para enfrentar el que en su concepto era el principal problema del país; mostrando además generosidad para facilitar y apoyar la reinserción de los colombianos y colombianas que abandonaban el camino de las armas y de la vida ilegal. Dicha generosidad, nacida de su “corazón” de soldado —que parece hacerse “grande” gracias a ella—, se relaciona con una cualidad de su ideal democrático, la fraternidad, que para efectos de la vida política y práctica del país, era asegurada por la ya mencionada Política de Seguridad Democrática. Esta política por consiguiente, no solo era contundente porque generaba victorias militares sino también porque, en aras de la vida democrática, proponía crear las condiciones para el ejercicio de la oposición en el escenario político del país, pues el gobierno, en opinión del presidente Uribe, protegía e incluía a quienes no estaban de acuerdo con su modelo político.

Las últimas elecciones de Colombia, presididas por este Gobierno, en octubre de 2003, fueron unas elecciones ampliamente participativas cuyos resultados nos permitieron verificar que estamos haciendo el tránsito de las garantías democráticas retóricas, a las garantías democráticas efectivas. Antes, muchos candidatos de partidos alternativos, de partidos disidentes a los tradicionales, de partidos provenientes de antiguas guerrillas, eran asesinados. Nosotros pusimos —con toda voluntad y con todo amor por este país— la seguridad al servicio de todas las expresiones de la democracia. (Diálogo entre Uribe y el premio Nobel de la Paz, Desmond Tutu; febrero 12 de 2005; Bogotá, Cundinamarca).

De esta manera, en un país donde se supone hay espacio para la diferencia en el marco de una democracia asegurada para su libre transcurrir, lo que se buscaba era posibilitar una democracia fraterna, pluralista, con discrepancias pero sin odios, o como bien lo dijo el mismo Uribe al referirse a su ideal democrático: “Un modelo político de democracia pluralista donde no haya exclusiones pero que tampoco esté signado por el odio. En eso estamos fundamentalmente de acuerdo con nuestro Obispo emérito: ni exclusión y por supuesto amor, que evita el odio”

(Diálogo entre Uribe y el premio Nobel de la Paz, Desmond Tutu; febrero 12 de 2005; Bogotá, Cundinamarca). Todo esto habla de un presidente y de un gobierno que pretendían mostrarse con autoridad, agresividad, transparencia, generosidad, con sentido democrático, fraterno, que buscaban recuperar la credibilidad del Estado, la confianza (de los inversionistas nacionales y extranjeros) y de esta manera propiciar la aceptación y la cooperación de la sociedad civil.

Un gobierno y un presidente que buscaban mostrarse como efectivos y contundentes, eran los que suponían ser los llamados a despertar el renacimiento de la esperanza, lo que sucedió al parecer según los altos índices de popularidad del presidente en su segundo año de gobierno:

La percepción de que el país renacía convirtió a Uribe en el Presidente más popular en mucho tiempo. Desde que se realizan encuestas nunca antes un mandatario colombiano había alcanzado niveles del 80 por ciento de favorabilidad al terminar su segundo año de gobierno. (Artículo: “Uribe, segundo tiempo”, *semana.com*, agosto 1 de 2004).

Según el mencionado artículo, el pueblo tenía una opinión favorable de su presidente, constituyéndose en una razón para el mismo presidente, el gobierno y la bancada uribista para pensar en la reelección. El deseo del pueblo por continuar por el camino del renacimiento de la esperanza, podría enmarcarse en el destino que los deseos del pueblo tienen para Uribe. El deseo del pueblo, según Uribe, deviene en voluntad política, que a su vez se constituye en la determinación para continuar con una planificación democrática del rumbo del país en consonancia con lo que realmente el pueblo espera.

“Nosotros, hemos interpretado el concepto de planeación democrática de nuestra Constitución, el concepto de Estado de Derecho, un Estado social a la luz de todo lo que a ellos subyace, un permanente Estado de Opinión” (Intervención de Uribe en el lanzamiento del documento ‘Colombia 2019’; agosto 7 de 2005; Bogotá, Cundinamarca). Se puede concluir de este modo que si el pueblo desea que su presidente continúe con su gestión eficiente a tal punto de extender sus años de gobierno, transformando dicho deseo en voluntad política, implica pensar que la planificación democrática del rumbo del país es la correcta; más aún cuando Uribe y el pueblo han logrado una relación directa, casi que sin intermediarios, una relación que pareciera resignificar —o reducir— la figura del Estado Social de Derecho a un Estado de Opinión. El corazón grande de Uribe y su Política de Seguridad Democrática pensada para alcanzar la paz derrotando al terrorismo por la vía armada, que corresponde a la expresión de la voluntad política como mandamiento del pueblo, sustentan el ideal de una sociedad basada en una democracia fraterna en la que reinsertados y opositores sean acogidos con generosidad. En este corazón grande se configura el Estado Social de Derecho como Estado de Opinión, en el que existirían básicamente el pueblo y su presidente, un ser dotado de la capacidad de saber interpretar sus deseos y convertirlos en voluntad política.

¿Por qué tenemos ese compromiso de la derrota del terrorismo, de la mano del respeto de las libertades públicas, de la profundización de la democracia y del respeto de los derechos humanos? Porque es la única manera en un Estado de Opinión de obtener la sostenibilidad democrática a la política. Porque solamente en la medida que esta política sea eficaz y transparente, y la transparencia está asociada con las libertades públicas, los derechos humanos y la profundización democrática, esta política gana la sostenibilidad de respaldo de opinión que se requiere para que esta política finalmente cumpla su cometido de derrotar el terrorismo. (Intervención de Uribe en la presentación ante la SIP; marzo 13 de 2005; Ciudad de Panamá).

El Estado de Opinión como relación directa entre el presidente y el pueblo se basará entonces en lo que el pueblo expresa como “deseo” y lo que el presidente interpreta y lleva a la acción a través de la voluntad política. El deseo, la interpretación y la voluntad serán las condiciones que legitimarán la Política de Seguridad Democrática como fundamento de lo que Uribe entiende por planeación democrática. En este sentido, si el principal problema del país es el terrorismo, la solución vendrá por la vía de la Política de Seguridad Democrática que además, inspirada en el corazón grande —pero de soldado—, es decir, generoso, conducen a la confianza, la tranquilidad y de esta manera al desarrollo económico y social del país.

La seguridad, en un Estado de Opinión como el nuestro, en un Estado donde se ha sufrido tanto por el accionar de los terroristas durante tantas décadas, tiene que ser un proyecto permanente, sostenido en el tiempo, no puede ser acción de un día, no puede ser acción de unos pocos años, de lo contrario, si es de corta duración, y se retrocede en el propósito de la seguridad, los terroristas recuperan toda la fortaleza para seguir martirizando a la Nación. (Intervención de Uribe en graduación de oficiales; diciembre 2 de 2005; Bogotá, Cundinamarca).

No obstante, a la luz de lo que se entiende por planeación democrática según el presidente, este plan basado en la Política de Seguridad Democrática implicaría transformar la perspectiva política y temporal, por una perspectiva que se rija por las condiciones o elementos que citamos anteriormente, en contraste con la regla democrática que habla de la circulación del poder entre los partidos políticos con sus respectivas propuestas y proyectos⁴ éticos y políticos. En otras palabras, la democracia entendida como sistema que relaciona políticamente a los

⁴ En concepto de Uribe de Hincapié (2001) el país ha adolecido de esta ausencia de proyectos ético-políticos de Estado-nación por parte de los partidos políticos tradicionales.

gobernantes y a los ciudadanos con base en reglas éticas y políticas encarnadas por instituciones de este orden, es sustituida en el Estado de Opinión por la conexión directa entre el pueblo y su gobernante, la cual presupone una participación inmediata del pueblo posibilitada por el propio presidente.

En este sentido, el pueblo tiene la capacidad de opinar e intervenir gracias a la figura del presidente a través de lo que él llama el Estado Comunitario:

Por eso hemos propuesto el Estado Comunitario, vigente para el corto plazo, posibilidad de largo plazo. Un Estado en el cual la ciudadanía participe más en la toma de decisiones oficiales, intervenga más en la ejecución de decisiones oficiales, vigile más la marcha del Estado. (Intervención de Uribe en el lanzamiento del documento ‘Colombia 2019’; agosto 7 de 2005; Bogotá, Cundinamarca).

La relación que se configura en este sentido entre el presidente y su pueblo es de cercanía, de estrechez, de identidad basada en una búsqueda en común y animada por un “corazón grande”; por sentimientos e ideales que comparten unos y otros, que circulan por el Estado de Opinión y que brotan por el presidente.

El soldado de la Patria, al campesino, al turista en el aeropuerto, al ciudadano que requisa en la carretera, tiene que transmitirle cariño, espontaneidad, alegría. Es fundamental para que en la ciudadanía se dé esa confianza y esa legitimidad de las cuales, en el Estado de Opinión, emanan las posibilidades para que el presidente de la República pueda cumplir con el ejercicio de la voluntad política y con la asunción de responsabilidades políticas. (Intervención de Uribe en la ceremonia de ascenso del General Mario Montoya como comandante del Ejército Nacional; febrero 22 de 2006; Bogotá, Cundinamarca).

La planeación democrática en función de la implementación de la Política de Seguridad Democrática como política de Estado, presupone el Estado de Opinión en el que el presidente y el pueblo son una unidad interconectada por el deseo, la voluntad y la acción. De lo anterior se coligen dos supuestos: primero, que lo expresado por el presidente en nombre del pueblo es una interpretación correcta, y segundo, relacionada íntimamente con la anterior, que el país va por el camino correcto y que por tanto requiere continuidad en sus políticas –léase Política de Seguridad Democrática–. O para decirlo con las palabras del presidente Uribe:

En una sociedad democrática, no se pueden imponer visiones de largo plazo, no lo permite la Constitución, no lo permite la Ley, no lo permite la dinámica democrática. La única manera es construirlas mediante la adhesión popular y el camino único de la adhesión popular es la participación de la ciudadanía en el debate. (Debate del documento ‘Visión Colombia 2019’; enero 31 de 2006; Neiva, Huila).

Lo anterior significa que el deseo del pueblo pudo ser interpretado por Uribe como deseo de continuidad de su Política de Seguridad Democrática, un deseo que visibilizó y se encarnó gracias a la configuración del Estado de Opinión a través del Estado Comunitario, transformación del Estado Social de Derecho gracias al cual el presidente, su gobierno y la bancada uribista supuestamente en nombre del pueblo propusieron y tramitaron la iniciativa de la reelección presidencial de Álvaro Uribe Vélez. Ahora bien, este Estado de Opinión en el que los protagonistas son Uribe y el pueblo sin intermediario alguno, implica una relación entre dos actores principales y únicos que supone una considerable cercanía entre ellos de tal modo que el uno pueda ser interprete absoluto del otro.

Uribe, una imagen cercana de “carnitas y huesitos”

Surge así un interrogante frente a como se configura dicha cercanía y frente a lo que en esta se construye como visión de la realidad. Lo primero que se debe tener en cuenta para dicho análisis es la idea de cercanía, que remite a un referente de espacialidad y de presencialidad como condición para que una relación en este sentido se constituya. Puede decirse entonces al pensar en dos sujetos, que la impresión de cercanía se logra en la medida en que un sujeto respecto al otro pueda presenciarse en el mismo espacio en una distancia percibida como mínima. No obstante, esta condición no supone presencialidad física a lo largo del tiempo pero si un soporte para dicha impresión como lo puede ser por ejemplo la imagen. Una imagen puede imprimirse en la percepción de las personas en tanto que esa imagen tenga la capacidad de generar afinidad e identificación. De este modo, podría proponerse a manera de hipótesis, que la cercanía configurada en el Estado de Opinión entre Uribe y su pueblo se debe precisamente a la capacidad que tiene la imagen de Uribe para crear la impresión de cercanía al pueblo.

A pesar del artículo ‘Uribe, segundo tiempo’ (Semana #1.161), mi apoyo para el presidente Álvaro Uribe Vélez no cambia, seguiré apoyándolo hasta el final. Tengo mucha confianza de que él con su inteligencia y sabiduría sabrá capotear los intereses mediáticos para desacreditarlo, pues es la prensa o algunos columnistas quienes

buscan desprestigiarlo por su estilo de gobierno y principalmente por el tema de la reelección. Pero popularmente la imagen que tiene el Presidente es inmensa, pues ha sido el único gobernante que nos ha enseñado con su ejemplo, coraje, carácter, esfuerzo, etc., lo que nunca había visto en otro presidente. (Columna del lector: “Capotear los intereses mediáticos” por Alberto Martínez –Medellín–, *semana.com*, agosto 8 de 2004).

La descripción de este colombiano de la percepción que tiene del presidente Uribe⁵, permite identificar precisamente algunas de las características que componen su imagen. Características, siguiendo con esta descripción, que no se habían encontrado en presidentes anteriores, lo que supone que Uribe es único y que otros como él no ha habido ni los hay, es decir, no hubo ni hay alguien que pueda gobernar tan bien como él lo ha hecho. La pregunta aquí es: ¿Qué hace a Uribe tan diferente, tan único, cuál es esa imagen que los colombianos y colombianas tienen que les causa tanta gracia? Digamos por lo pronto que la imagen de Uribe es la de un ser que es cercano, con lo que ello puede implicar respecto a una figura pública a la que no todo el pueblo tiene acceso ni con la cual tiene contacto personal. Al respecto, podrá tomarse como ejemplo los consejos comunitarios que realizaba Uribe los fines de semana:

A través de la realización y transmisión de estos Consejos se ha logrado crear todo un imaginario alrededor de la figura del presidente como un mandatario que accede directamente a las regiones, está atento a las necesidades de la población, toma nota de los problemas y exige soluciones inmediatas a sus subalternos a través de un atípico proceso de petición de cuentas en público. (Galindo, 2006: 157).

Así, la imagen que se tiene de Uribe es la de un ser cercano, una imagen que se configurara a partir de dos componentes: un componente que llamaremos histórico y otro que denominaremos familiar. El primer componente parte de las alusiones que el presidente hace como factor motivacional de su propuesta de gobierno, a partir de la historia de violencia que ha sufrido gran parte del pueblo colombiano incluyéndolo a él y a su familia.

Mi generación no ha vivido un día de paz, no ha vivido dos minutos de tranquilidad. La lucha ahora es para que los niños y aquellos que habrán de venir, puedan vivir felices en Colombia. Ese es el

⁵ “Frente a las preguntas que indagan por las creencias, emociones y acciones asociadas al nombre Álvaro Uribe Vélez, se encuentran adjetivos que lo califican de manera positiva y negativa con palabras como *buen presidente, trabajador, paramilitar, vengativo y manipulador*. Por otro lado, las respuestas a la pregunta sobre los sentimientos que despierta el nombre de Álvaro Uribe Vélez, señalan *seguridad y orgullo*, en primera instancia, y *rabia*, en segundo término” (Arias & Barreto, 2009: 753).

más bello de los compromisos, la más noble de las motivaciones de ustedes. Que con su accionar se garantice la felicidad de los colombianos que apenas están llegando al uso de razón y de las generaciones que habrán de venir. (Intervención de Uribe en la activación de la Brigada # 11 del Ejército; agosto 30 de 2004; Nudo de Paramillo, Córdoba).

En este fragmento parecen revelarse ciertas motivaciones del presidente Uribe que tienen que ver con consideraciones personales sobre la historia de una generación que lo incluye a él y que se refieren a momentos significativos de su vida. Esto supone que en la figura de Uribe como presidente hay un ser humano, por lo que su condición de presidente no puede desligarse de las experiencias y los significados derivados de su historia de vida. Su historia personal tiene que ver con su afirmación sobre las dificultades que tuvo su generación, la cual, como él lo afirma, no ha conocido un día de paz y que por tanto lo motivan a buscarla:

¿Qué es lo que yo quiero? Alguno de ustedes que hablaba de los niños. Miren, yo tengo 52 años, pertenezco a ese 50 por ciento de las familias colombianas que han sufrido en carne propia esta violencia. Mi generación no ha vivido un momento de paz. (Diálogo entre Uribe y el premio Nobel de la Paz, Desmond Tutu; febrero 12 de 2005; Bogotá, Cundinamarca).

De esta manera se muestra a sí mismo como un hombre que se expone con sus propios sentimientos, con su propia tragedia, la cual se constituye en su fuente de motivación para buscar la paz del país. Uribe es entonces uno de los muchos colombianos que han sufrido en carne propia las heridas de la violencia lo que implicaría una especie de identificación con el pueblo a partir de estas. Así, además de concebirlo como uno más y de la identificación con su tragedia, el pueblo encuentra en él como gobernante a un líder que fundamenta su Política de Seguridad Democrática en su deseo de derrotar el terrorismo. De este modo las sensaciones, las percepciones, las emociones, los sentimientos, en tanto que factores de identificación del pueblo con su presidente, se constituyen en fuentes de las que se nutre su popularidad; una popularidad que radicará en la certeza de la confianza básica que es “recuperada” a través de la imagen de un presidente cercano.

Al respecto, cabe mencionar con Giddens (1994) cómo la confianza básica en el sentido de una seguridad ontológica implica un sentimiento de realidad, una aceptación del mundo y de sí mismo en el marco de una cotidianidad que se asume como rutinaria y ordenada. La seguridad ontológica, constituye la condición psicológica de la fe en la realidad que opera como dispositivo de la conciencia práctica para disminuir las tensiones, el caos y la angustia que están implícitas en la existencia humana y que pueden desatarse a partir de las contingencias

del mundo o a partir de las reflexiones que ponen en entredicho las certezas que soportan la vida cotidiana. La seguridad ontológica posibilita la fe en la continuidad del mundo y del sí mismo ante la amenaza existencial del caos como posibilidad de discontinuidad, de pérdida del control. El sentimiento de realidad que se asienta en dicha seguridad ontológica, es una condición que en la cotidianidad del país contrasta con una especie de sentimiento de amenaza generado por una historia de conflicto armado y violencia. Pareciese pues que hay un sentimiento de inseguridad, condición de la cotidianidad que devuelve al pueblo a un estado mental de indefensión que requeriría de un apoyo, de un soporte, de un ser cercano que genere dicha seguridad.

En este sentido la imagen de Uribe como ser cercano y proveedor de seguridad (a través de la Fuerza Pública, por ejemplo) responde al anhelo de confianza básica, de tranquilidad y de fe en el mundo de la gente que ha sentido dicha inseguridad. Estos sentimientos entonces, ensalzan a Uribe como representación de seguridad ontológica, cotidiana, necesaria para vivir el día a día sorteando ese riesgo de caos que estaba instalado en el orden de lo cotidiano producto de una historia de conflicto y violencia. El poder político de Uribe partirá así de esta sintonía que a través de su imagen logrará con aquella parte del pueblo que, antes que basarse en una racionalidad que valora la coherencia política⁶ y ética de sus gobernantes, se fijará en lo que la persona de estos representa. De allí pues, que de cara a la reelección inmediata de Uribe, sus opciones de triunfo en aquel entonces fueran consideradas muy altas:

Uribe es inderrotable por una muy sencilla razón: está en sintonía con el grueso del país. Uribe dice lo que el grueso del país quiere oír. Uribe promete lo que el grueso del país quiere creer que él va a lograr. Uribe representa el papel que el grueso de los colombianos quiere que represente. (Artículo: “El Inderrotable” por Arias, E.; *semana.com*, febrero 12 de 2006).

Esta sintonía dependerá de una historia compartida con el pueblo, desde la cual la imagen de Uribe se presentará como la de un ser cercano, lo que tendrá como consecuencia el despertar de sentimientos de afinidad y de confianza.

Dicha imagen se enriquece a su vez con su forma de ser y de interactuar con la gente del común, como se puede apreciar en la forma de dirigirse al pueblo a través de sus discursos, y que constituye el segundo componente: el de la familiaridad. Con base en ambos componentes se constituye entre la gente y el presidente un referente de identidad de carácter afectivo y emocional basado en un pasado compartido (la violencia) y unos atributos comunes como los

⁶ La política se basa en el hecho de la pluralidad de los hombres, del estar juntos y los unos con los otros de los diversos, por consiguiente la política nace en el Entre-los-hombres, por lo tanto completamente fuera del hombre; de ahí que no haya ninguna substancia propiamente política (Arendt, 1997).

son el uso de palabras y de expresiones tradicionales que remiten al sentido común, a la vida cotidiana, a la familia. A continuación, nos remitiremos a algunos fragmentos de un discurso del presidente en el que podrán identificarse atributos o características de la forma de ser de Uribe que reflejan este componente de la familiaridad.

Compatriotas: Nos reunimos hoy en Cartagena para mirar cómo va el sector turístico, un sector en el cual la Patria tiene inmensas posibilidades, un país tan bello, tan diverso, tan bien ubicado, con un privilegio en su localización geográfica, sobre todo con una ciudadanía cálida, el pueblo colombiano que tiene esa espontaneidad a pesar de lo que ha sufrido. Cuando uno analiza al pueblo colombiano se pregunta: ‘bueno, pero, nuestros compatriotas, cómo han sufrido, deberían estar resentidos, amargados’, sin embargo todos los días son más espontáneos, más amables, más cálidos. Un conjunto de condiciones humanas, de la naturaleza, que hacen de Colombia un país privilegiado para el turismo. (Intervención de Uribe en el consejo comunal de gobierno # 109 ‘Temático - Turismo’; agosto 27 de 2005; Cartagena de Indias, Bolívar).

Se puede apreciar con en este discurso cómo el presidente Uribe comienza por un reconocimiento del lugar y de las personas ante las cuales se encuentra pronunciando sus palabras. Resalta la belleza de los paisajes y de las tierras colombianas diciendo que es un país bello complementado con la alegría y espontaneidad de las personas a pesar de tanta amargura y sufrimiento. Esta introducción desde la belleza del país y de su pueblo a pesar del sufrimiento, en el orden de su discurso lo lleva a tocar otro asunto que conecta con lo emocional. O sea, que antes de desarrollar los temas que va a tratar, toca lo paisajista, lo virtuoso y lo emocional, mientras tanto le habla al pueblo con espontaneidad y afecto, como se le puede hablar por ejemplo a una persona muy cercana y querida.

Alguna vez llegué con el señor Almirante Barrera [Guillermo Hurtado, Jefe de Operaciones Navales] a San Jacinto —cuando ya llevábamos algunos meses de la Política de Seguridad Democrática— y los compatriotas de San Jacinto, un pueblo con tantas falencias, me saludaron con una enorme queridura y me dijeron que gracias, que les habíamos recuperado el almacén. Y les dije: ‘¿qué es eso, no les entiendo?’. Me dijeron: ‘sí, como nosotros vendíamos artesanías aquí en la carretera y nadie había vuelto a pasar, con la recuperación del tráfico hemos recuperado el almacén’. (Intervención de Uribe en el consejo comunal

de gobierno # 109 ‘Temático - Turismo’; agosto 27 de 2005; Cartagena de Indias, Bolívar).

En este otro fragmento del mismo discurso, se hace explícita otra de las características de su forma de ser que reafirma su imagen de ser cercano y generoso: hablar de tú a tú con la gente con cierto grado de afecto o “queridura” de por medio. Pero además de parecer cercano porque comparte una misma historia y por hablar e interactuar con la gente con cierto afecto e interés por sus asuntos particulares, su forma de ser evidencia esos otros elementos que también hacen parte de su Política de Seguridad Democrática. En este sentido:

es importante señalar el uso de un lenguaje fuerte contra los grupos armados y de carácter paternalista al hacer referencia a los sectores de la población más vulnerables. Este estilo de lenguaje, caracterizado por el uso de diminutivos y calificativos despectivos, ha logrado generar una mayor aceptación de la figura del presidente en la medida en que se presenta como un mandatario cercano al sentir de las necesidades y del ethos del pueblo colombiano. (Galindo, 2006: 157).

La imagen de Uribe entonces, es también la de un ser humano con autoridad y transparencia, que fiel a su herencia antioqueña, refleja atributos propios de un ser frentero, franco, cuidadoso y que inspira confianza, cualidades que, tal y como afirma él, las aprendió de los viejos.

Ayer di, solamente una declaración, después de hablar mucho rato con don Carlos Slim, el de México. Ese preacuerdo... los viejos le decían a uno –y lo repetían mucho en mi tierra y creo que en las Sabanas de Bolívar también–: ‘El negocio más que por el negocio, es bueno o malo dependiendo de con quién se hace, hay que ponerle todo el cuidado a la persona con quien se hace ese negocio’. Don Carlos Slim es un hombre muy buena persona, creo que sería un muy buen socio para los colombianos. (Intervención de Uribe en el consejo comunal de gobierno # 109 ‘Temático - Turismo’; agosto 27 de 2005; Cartagena de Indias, Bolívar).

Además de los atributos propios de un ser afable, su cercanía se complementa con el rasgo de la agresividad que, enmarcada en su autoridad, le agregan a su imagen elementos necesarios para soportar su promesa de la paz para las nuevas generaciones a través de la Política de Seguridad Democrática. Para vencer en el combate se requiere determinación, la que a su vez precisa actitud y capacidad de confrontación, atributos que tradicionalmente son aprendidos

de los padres o abuelos en culturas patriarcales como lo es por ejemplo la antioqueña. Es en este sentido que se afirma que la agresividad, la autoridad y una actitud confrontadora se constituyen en rasgos que complementan la imagen de un ser cercano y amistoso, que a pesar de ello no es débil y que por el contrario evidencia capacidad de liderazgo.

Pero al mismo tiempo, ese don de mando no se puede debilitar por el espacio que hay que darle a las relaciones humanas. Las relaciones humanas no pueden convertir el don de mando en una actitud pusilánime, débil. Las relaciones humanas tienen que ser un camino para que el don de mando permee bien a todos, hasta el más nuevo de los integrantes de la institución. (Intervención de Uribe en la ceremonia de ascensos de la Policía Nacional; diciembre 2 de 2004; Bogotá, Cundinamarca).

Esta imagen de Uribe entonces es la de un ser cercano, conocido, afable, de confianza y que confía, agresivo, con autoridad y liderazgo, que interactúa con la gente de tú a tú, para mostrar su cara amable, su capacidad de confrontación, su franqueza; herencias de su cuna paisa y montañera y que enriquecen aún más esa percepción de familiaridad que de él tienen muchos colombianos.

Un poco a la vera de Dios. Fue, también, un reflejo de la personalidad frentera de Uribe, que busca escenarios de confrontación. Antes de viajar le dijo a un grupo, en el que yo me encontraba, que estaba dispuesto a que en Europa lo cuestionaran y le dijeran de todo: autoritario, fascista, paramilitar, pero que “lo único que no podrán decirme es marica o ladrón”. Anécdota que traduce esa autenticidad un tanto visceral de Uribe, un hombre que también sabe cultivar un estilo franco y campechano —“montañero”, dicen algunos— que aplica en los consejos comunitarios con mal disimulado populismo. (Artículo: “El diálogo” por Leonel Giraldo, *semana.com*, mayo 9 de 2004).

Es pues, a través de un pasado signado por el sufrimiento y de una familiaridad expresada en la forma de hablar y de interactuar, que la imagen del presidente se configura como imagen de cercanía. La identidad inspirada en esta imagen, dependerá entonces de ese efecto de la cercanía específicamente, que podrá ser atribuido a la afectividad y a la emocionalidad implícitas en el sufrimiento y en la familiaridad, componentes que despiertan afinidad, simpatía y en lo que podría considerarse una especie de auto-reconocimiento a través del otro. Podría plantearse entonces que Uribe es cercano porque ha sufrido como otros (esa parte del pueblo colombiano que ha sufrido con la violencia) y porque habla y actúa como la gente del común. Esta relación

de cercanía permite legitimar la figura del presidente desde cierta emocionalidad que conlleva a un aceptación casi que incondicional de su perspectiva frente a los problemas del país. Así, el grueso de los ciudadanos impresionados y envueltos en esa cercanía, adoptan la visión del propio presidente sin reparos en lo que se refiere a lo que en su criterio era el problema principal de Colombia: el terrorismo.

Bloqueo de la democracia: heteronomía y confianza infantil del pueblo

En este orden de ideas, si esta cercanía de la que hemos hablado se basa en la fe ciega nacida de la confianza “infantil” del pueblo, la visión que se tiene de la realidad antes que ser construida de manera crítica en el contexto de una cultura política, refleja precisamente y de manera unilateral, la perspectiva del gobernante de turno. De este modo puede suceder, como sucedió con el propio Uribe, que permanezca en el poder por el tiempo que sea “necesario” para conjurar el mal que acecha el país, un “mal” al que se le puede estar derrotando, pero que siempre queda con restos, lo que garantiza la necesidad de su permanencia para generar la confianza en su pueblo que solo él puede brindar. “Vamos ganando, pero no hemos ganado. La culebra está viva” (Intervención de Uribe en el consejo comunal de gobierno # 109 ‘Temático - Turismo’; agosto 27 de 2005; Cartagena de Indias, Bolívar).

Por consiguiente, considerar que el único ser capaz de gobernar al país era Uribe, justificándolo por sus atributos aparentemente *sui generis*, supone por una parte la agudización de esa especie de bloqueo de la democracia colombiana, y por otra parte pero íntimamente ligada a la anterior, la “despotencialización” de la cultura política y del sujeto político en Colombia en lo que se refiere a la renuncia de la autonomía a cambio de lo que Castoriadis (2001) denomina heteronomía, y que se refleja en el hecho de depositar la responsabilidad política en otros, en los que gobiernan como si solo ellos tuviesen el derecho y la capacidad para hacerlo. Es por eso que cabe preguntarse: ¿Es Colombia una democracia? Y aunque no corresponde en este artículo resolver semejante cuestión, cabe preguntarse por las implicaciones del gobierno de Uribe, su reelección y su propia persona, en la ya problemática democracia colombiana. Para entender tales implicaciones, se mencionarán solo algunas de las particularidades que constituyen el marco democrático del país. Colombia al igual que muchas democracias consideradas modernas, presenta una división del poder político en las ramas ejecutiva, legislativa y judicial, se basa en un sistema de pesos y contrapesos y cuenta con una Constitución Política. En este sentido, puede ser considerado como un país, formalmente hablando, con una democracia simbólicamente eficaz (en cuanto a su estructura institucional y jurídica). Sin embargo, los problemas sociales desbordan el marco democrático evidenciando que en la práctica tal democracia “no funciona”, pues aunque jurídicamente se formulen leyes frente a tales problemáticas, estas no han sido resueltas ni política ni socialmente. La precarización

de la economía, la pobreza, el desempleo, la concentración de las tierras y de la riqueza, constituyen algunas de estas problemáticas que por muchos años han estado en la base de lo que es la realidad nacional.

Por una parte entonces, se tiene que la compleja realidad nacional desborda el marco democrático, y por otra, se tiene que este como tal ha sufrido “golpes” que lo han desajustado. En el caso por ejemplo de la Constitución que ha sufrido de 1991 para acá 29 reformas, con una especial como lo fue el Acto Legislativo 02 del 2004, a través de la cual se introduce la posibilidad de que el presidente sea reelecto. Respecto a esta reforma, para cualquier país que se precia de ser democrático implica un bloqueo de dos de sus principales principios: la alternancia en el poder y el sistema de pesos y contrapesos. En el caso de Colombia en el que el presidente es: jefe de gobierno, jefe de Estado y suprema autoridad administrativa, supone con la reelección presidencial que estas funciones no solo se ejecutan por cuatro sino por ocho años. Esto implica que el control político de los contrapoderes se vea disminuido o aniquilado —como se vio en los ocho años de gobierno de Uribe— ya que quienes se encargan de controlarlo desde la rama judicial son ternados por él para desempeñar tales funciones durante su mandato. A la luz de esta reforma y sus consecuencias, se infiere pues un bloqueo de la democracia que se profundiza con el fenómeno del hiperpresidencialismo, un fenómeno latinoamericano, africano y asiático, que conlleva a pensar en el infantilismo del pueblo que corresponde a la necesidad de este de encontrar en figuras protagónicas de la política las soluciones que no suple la propia democracia.

Creo firmemente que las reglas del juego democrático no se deben cambiar con el pobre argumento de que no habrá continuidad de la política de “seguridad democrática”. Suena a arrogancia y prepotencia, al creer que solo el presidente Uribe nos puede sacar del atolladero en que nos encontramos. Y aún no vemos unas políticas claras para erradicar la pobreza, cada día creciendo más, con todas las secuelas sociales que esto contiene. (Columna del lector por Hormaza, A.; *semana.com*, abril 19 de 2004).

De todo esto se colige que, la visión de la realidad frente a los problemas sociales relacionados con la violencia por ejemplo, se presenta como algo ya dado, revelado en este caso por Uribe que gracias a la fe generada en medio de la “cercanía” con el pueblo, la impone sutilmente como verdad. Y puede tomarse como tal asemejando la idea sobre el problema con un relato absoluto que se asume como si acaso proviniera de una divinidad, lo que sucede especialmente en lo que Castoriadis (2001) llama sociedades heterónomas. La visión, concepción o idea sobre la realidad que toma forma de relato, constituye un marco de referencia a partir del cual una sociedad interpreta los sucesos que tienen lugar en ella. Estos marcos de referencia son creados

por los seres humanos a través de la historia, lo que los convierte en autónomos, y cuando esta autonomía es reconocida por los integrantes de una sociedad, puede hablarse de sociedades que se auto-determinan, esto es, que se reconocen como colectividades políticas. No obstante, cuando la cultura determina la vida de las sociedades desde la heteronomía⁷ (Castoriadis, 2001) estas se orientan por imaginarios sociales⁸ que constituyen meta-relatos revelados que dan sentido a ese mundo que es cada sociedad.

En otras palabras, cada sociedad tiene la posibilidad de dirigirse a sí misma o puede vivir creyendo que está siguiendo una especie de plan externo creado por *otro ser*. Es pues a partir del reconocimiento de una sociedad de su creación y autonomía que tiene lugar el desarrollo de una auténtica cultura política, en la que se esperaría una interacción activa de los unos con los otros —y los diversos— (Arendt, 1997) alrededor de los que es objeto de la propia política. La cultura política por ende, como lo señala María Teresa Uribe (2001), alude:

a la construcción simbólica e imaginaria del mundo político, a las imágenes, visiones y percepciones que gobernados y gobernantes se forjan sobre el Estado, el orden público, los partidos, sobre los vínculos que unen o diferencian a los pobladores, sobre la significación de la ciudadanía y el sentido de la democracia, sobre la imagen del enemigo y el contradictor, sobre la guerra y la paz; en fin, sobre la realidad política circundante. (p. 155).

Se esperaría pues, en una sociedad como la colombiana en medio del mundo moderno, la interacción entre sujetos políticos dentro de una cultura política, entre unos que ocupan una posición de gobernantes y otros de gobernados, lo que a su vez supondría el desarrollo de unas relaciones orientadas por una racionalidad a través de la cual se definen los fines y medios políticos desde las que se crean las condiciones mundo vitales para la existencia de la sociedad. Sin embargo, en el establecimiento de un Estado de Opinión basado en la cercanía, en la fe y en la necesidad de confianza, la política se desvirtúa y la cultura política queda supeditada a los relatos legitimados en la emocionalidad de una sociedad heterónoma e infantilizada. En este sentido, lo que se puso en juego con la visión de Uribe respecto al verdadero problema de Colombia, con su Política de Seguridad Democrática y con su reelección, fue la condición

⁷ “Por ejemplo, es típicamente el caso de las sociedades primitivas, o incluso de las sociedades religiosas tradicionales, donde principios, reglas, leyes, significaciones, son establecidas como dadas de una vez por todas, como intangibles, no cuestionadas y no cuestionables. Este carácter no cuestionable está garantizado por representaciones instituidas, que a su vez forman parte de la institución de la sociedad: todas las representaciones que aseguran que esta institución tiene una fuente extra social, fuente que es para ella origen, fundamento y garantía. Por ejemplo, como Dios ha dado la Ley a Moisés, en el pueblo hebreo nadie puede levantarse para decir: la Ley es mala e injusta” (Castoriadis, 2006a: 90).

⁸ Según Castoriadis (2006b) los Imaginarios Sociales son producto de la creación humana y a su vez son los referentes y los mediadores a través de los cuales se siguen produciendo Imaginarios Sociales a lo largo de la historia, de allí que la historia de los seres humanos sea la historia de sus Imaginarios Sociales.

política de la sociedad colombiana en lo que se refiere a la tensión entre la heteronomía y la autonomía (Castoriadis, 2001), que se enmarca también en el proceso histórico del paso de la pre-modernidad a la modernidad, que como lo afirma Uribe de Hincapié (2001), ha resultado ser un proceso que ha derivado en una hibridación del sujeto político en Colombia en lo que ella define como ciudadanía sacra⁹. Este acontecimiento político entonces, a partir de la imagen de Uribe y en lo que ella representa para la comprensión de esta tensión, implica dimensionar dicha imagen en la configuración del poder en Colombia, y en este sentido, vislumbrar las raíces culturales y psicológicas que nutren y sostienen esta tensión. De este modo, comprender las particularidades de la esfera política en Colombia implica comprender las raíces culturales y psicológicas que tocan la sacralidad de un sujeto político, que se orienta en el mundo en gran medida a partir de referentes de sentido aún ligados a las interpretaciones religiosas del mundo.

Bibliografía

Arendt, H. (1997). *¿Qué es la política?* Barcelona: Paidós.

_____. (2003). *La condición humana*. Barcelona: Paidós.

Arias, C., y Barreto, I. (2009). Consumo ideológico: creencias sobre la política de seguridad democrática e imagen del presidente Álvaro Uribe Vélez. *Universitas Psychologica*, 8(3), 749-760. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.

Castoriadis, C. (2001). *Figuras de lo pensable*. Encrucijadas del laberinto VI. México: Fondo de Cultura Económica.

_____. (2006a). *Ciudadanos sin brújula*. México: Ediciones Coyoacán.

_____. (2006b). *Una sociedad a la deriva*. Buenos Aires: Katz.

Galindo, C. (2006). Neopopulismo en Colombia: el caso del gobierno de Álvaro Uribe Vélez. *Íconos*, Revista de Ciencias Sociales, 27, 147-162. Quito, Ecuador: Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales.

⁹ “Estas ciudadanía sacras contribuyen a otorgarle a la acción y a las prácticas políticas un cierto sentido teológico y trágico; de salvación del mundo y de cruzada contra el mal; de preservación de lo propio y de temor frente al otro, cultural o político, que pudiera significar alguna forma de cosmopolitismo o de pluralidad social” (Uribe de Hincapié, 2001: 176).

Giddens, A. (1994). *Modernidad e identidad del yo y la sociedad en la época contemporánea*. Barcelona: Península.

Hoskin, G., Masías, R., y Galvis, M. (2005). Modelos de decisión electoral y perfiles de votante en Colombia: elecciones presidenciales 2002. *Análisis Político*, 18, 60-74. Bogotá.

Mayr, F. (1994). *Hermenéutica del lenguaje y aplicación simbólica, en arquetipos y símbolos colectivos*. Barcelona: Anthropos

Uribe de Hincapié, M. T. (2001). *Nación, ciudadano y soberano*. Medellín: Corporación Región.

www.elspertador.com

www.eltiempo.com

www.presidencia.gov.co

www.semana.com